ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EVOLUCIÓN ACTUAL DEL FLAMENCO.

BERNARD LEBLON

Es un tópico decir que una música que no evoluciona es una música muerta y lo cierto es que, a veces, los aficionados pueden dar la impresión de que se limitan a venerar algunas reliquias del pasado y valoran unas grabaciones en pizarra de principio de siglo por encima de las tentativas actuales de renovación del flamenco en cada una de sus vertientes. Es verdad, también, que en cada etapa de su historia el flamenco suscitó reacciones casticistas y conservadoras como la de Demófilo contra los cafés de cante o la de Manuel de Falla y Federico García Lorca contra el "flamenquismo", adulteración y degeneración, segun ellos, del cante jondo auténtico. Hoy, parece que podemos considerar el problema con mayor serenidad ya que pasaron los cafés cantantes, la ópera flamenca y otros avatares del arte jondo sin que hayan desaparecido sus formas más rancias y genuinas. Hay que subrayar, además, que sin la influencia decisiva de los cafés del siglo XIX, no hubiera tenido, sin duda, la guitarra flamenca su prodigioso desarrollo hacia la difusión universal que la caracteriza en la actualidad. En cualquier caso, sin la integración o fusión de otras músicas folklóricas o populares de orígenes diversos, el flamenco no tuviera hoy el riquísimo y tan diverso repertorio que hace de él un género musical autónomo, reconocido en el mundo entero. Lo que hay que considerar es que esta música tan peculiar nace de la fusión de un patrimonio musical andaluz con modalidades interpretativas de tipo oriental que van a constituir sus características esenciales: aspecto modal, microtonalidad, fórmulas rítmico-melódicas radicalmente distintas de los compases y de las gamas occidentales,etc. Dicho de otra forma, el flamenco nace del encuentro de oriente y occidente en aquella encrucijada privilegiada llamada Andalucía. Hasta ahora, las fusiones han sido, por lo general, enriquecedoras y benéficas por la facultad que tenía el flamenco de transformar y hacer suyas las aportaciones externas. Dijo Federico García Lorca que la guitarra había "occidentalizado el cante", pero se puede afirmar también que si el cante, al mismo tiempo, no hubiera orientalizado la guitarra, no existiera lo que llamamos hoy guitarra flamenca. El problema es que desde los cafés de cante hasta nuestros días el ámbito musical en que se desarrollaba el flamenco ha cambiado de manera radical. El influjo oriental mantenido durante siglos en la intimidad de los ambientes familiares se está esfumando frente a la acción niveladora y reductora de los medios de comunicación de masas.

Esta irrupción masiva de una música uniformada, internacional pero marcadamente occidental, está a punto de romper el equilibrio precario que mantenía el flamenco con su contorno musical. Hasta hace poco el flamenco era capaz de absorber e integrar unas modalidades extrañas amoldándolas a su propio sistema de modos y ritmos. La evolución espectacular de la guitarra flamenca se sitúa en esta perspectiva pero encuentra sus límites en unas tendencias actuales, limitadas a la guitarra para solista, de recital o de concierto, donde desaparece paulatinamente lo que constituía la esencia y las señas de identidad del flamenco. Hoy, más que nunca, necesitamos criterios para distinguir lo que queda fuera y lo que está dentro del género. Todos tenemos conciencia del carácter abusivo de ciertas denominaciones. Parece evidente que el mal llamado flamenco-rock es, casi siempre, más rock -o salsa o lo que sea- que flamenco en la medida en que sólo toma del flamenco sus aspectos más superficiales -tipo de voz o giros ornamentales- y nada de su profunda esencia oriental. Lo mismo que el cuplé no era otra cosa que una canción aflamencada, el flamenco-rock sólo es rock aflamencado. La inversión de los términos es significativa de una ruptura del equilibrio. Ahora, la música que se enriquece con la fusión ya no es, salvo contadas excepciones, la flamenca sino la que está dominando y avasallando el universo sonoro del planeta. Si nos dejamos llevar por el pesimismo, las perspectivas del flamenco nos parecen encerradas entre la conservación de algunas piezas de museo y el naufragio en un océano de sonidos occidentales de consumo. Desde luego, el acierto de muchas innovaciones actuales, en el toque sobre todo, puede matizar este pesimismo; sin embargo, la coyuntura nos prohíbe emitir predicciones o vaticinios y nos tenemos que conformar con esperanzas. ¡Sólo el tiempo puede juzgar!